



MARIO LÓPEZ - PABLO GARCÍA BAENA

DOS POETAS
DE «CÁNTICO»

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS ARTES
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Ginés Liébana
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Vicente Núñez	

**Comisario de la Exposición
y Coordinación Catálogo:**

Miguel Clementson

Fotografía:

Verónica Tejero (CFGS de *Fotografía* / Escuela de Arte "Mateo Inurria", Córdoba)
Miguel Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza
Antonio Moyano Parras (CFGS de *Mobiliario* / E. A. "Mateo Inurria")

Diseño Gráfico:

Isabel Pérez, M. Clementson

Maquetación e impresión:

Gráficas GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

Agradecimientos:

Familia de Mario López
Familia de Pablo García Baena
José Mario López
Luis Ortiz García
Rafael Inglada
Carlos Ruiz Padilla, Conde de Casa Padilla
Manuel Portillo
Juan Muñoz

Dep. Legal:

CO 2165-2018

MARIO LÓPEZ EN SUS PAISAJES DEL ALMA

Carlos Clementson

Por estas calles blancas un hombre solo avanza;
avanza lentamente, como quien lleva andadas
muchas leguas de tiempo, o cielo, con los ojos.
Por estas calles blancas camina erguido, un poco
vencido hacia el otoño, hacia el poniente hermoso;
avanza lentamente, como si cada paso,
cada minuto eterno de sus días iguales
le llevara a sí mismo, sin prisas, con la cierta
seguridad que otorgan los mismos horizontes
aguardándonos fieles al fondo de los ojos.

Por estas calles blancas un hombre solo avanza;
viene de días antiguos, de cielos de otro tiempo,
y marcha hacia el pasado, hacia esas viejas nubes
que dejaron su huella por cielos ya olvidados.

Humilde es su universo, mas cuán hondo el latido
que acompasa su paso al transcurrir del campo.
Su presente es tan vasto como los días de agosto,
pero él guarda en sus ecos la honda voz del pasado.
Sabe de soles, lluvias, de nieblas y de escarchas.
Un hondo olor a orujo va dejando su rastro,
ese olor de aceituna molturada en diciembre
que nos deja en el alma un tibio olor a infancia,
a nochebuena antigua de anís, frío y campanas.

Hondos paisajes lleva grabados ya en el fondo
del corazón, tan grave, tan plena es su manera
de ver pasar las horas: el sol sobre unas bardas,
el viento en los olivos, las nubes por su alma.

Por las rutas de octubre vuelven las mensajeras
de los dulces otoños. Qué suavidad en el aire.
El paso de esas nubes, mansamente, sin daño,
con un surco de tiempo ha labrado su rostro.



MARIO LÓPEZ, *Vista desde el Palacio de los Marqueses de Monteoliviar* (1980), tinta china / papel

Nunca el paso apresura. Nada anhela. La prisa
no muerde sus talones. Vasto y quieto es su tiempo
como el del mar, o el lento transcurso de los astros.
Ayer, hoy y mañana confúndense en su instante,
viejos surcos, cosechas, los ciclos de la tierra:
el pulso de los días que pasaron, y aguardan.

Por estas calles blancas un hombre solo avanza,
avanza hacia la tarde, hacia el poniente en llamas
que altas torres sostienen como un altar barroco,
retablo en que los ángeles del ocaso se inflaman.

El aire lo conoce, los vencejos, las nubes;
lo saluda el crepúsculo, y ya en las almazaras,
cara a los olivares, el sol prende en su pecho
una rosa lentísima con su último reflejo:
esa ardiente caricia *que en el Sur se merece
quien va solo y callando tanto peso de cielo.*

Tal es la imagen plástica que a varios años de su muerte me queda del amigo, del poeta y del hombre. Un poeta al que llegué a conocer en el otoño de 1969 por cordial proximidad geográfica. El también poeta y médico de Villa del Río Jacinto Mañas fue quien me acompañó a presentarme al vecino poeta bujalanceño, recorriendo las escasas dos leguas que separan ambas localidades de la campiña y de la vega. Era una suave tarde de noviembre en que el paisaje solemne y apacible, algo monótono de nuestra campiña encadenaba hiladas e hiladas de olivos casi al infinito. Mario nos recibió con los suyos, padre de numerosa familia, en la serena paz de su hogar con la sencilla y noble naturalidad de su educada bonhomía. Fueron hechas las presentaciones, hablamos de poesía, de agricultura, de amigos comunes, y me dedicó su reveladora *Antología poética*, editada por la Real Academia de Córdoba, que, junto a la esencial y sugestiva linealidad y pureza de sus ilustraciones, del propio Mario, gran aficionado al arte de la pintura, me dieron bella e imborrable noticia de un poeta territorialmente tan próximo y para mí desconocido. Y recuerdo aquellas íntimas tardes de otoño con lluvia en que fui demorándome entre las auténticas y reveladoras bellezas de esta poesía, mientras al ritmo de sus alejandrinos y la dulce musicalidad de su verso yo escuchaba el tamborilear de las gotas de la lluvia fecundante sobre los cristales de mi estudio en el pueblo. Todo el sabor, la grave hermosura y serenidad de estos paisajes de campiña, que eran también los míos villarrenses del Monte Real, yo los veía plasmados en sus líricas evocaciones en poemas de conmovedor latido, que me traían, a su vez, el recuerdo, de niño, de análogas tardes mías personales en el pueblo. Tengo anotados ciertos poemas que, desde aquella primera lectura, me llegaron muy adentro, porque, por otra parte, contactaban con particulares experiencias mías, comarcales, de adolescente de otro tiempo en Villa del Río. Como ciertos versos de "Tormenta": "Una bandada de palomas cruza / la oscura cinta de Sierra Morena / anticipando el viento huracanado / que encenderá el aroma de la tierra / mojada en la penumbra de las salas / donde el tiempo no cuenta en sus relojes. // (...) Encienden las veletas sus barrocos /

santelmos —gallos y ángeles de herrumbre— / en el relámpago azul de los olivos. / Y al filo de las Sierras de Cabra el arco iris / sangra el plumizo otoño de las nubes / para que huyan los ojos deslumbrados / en el caballo antiguo de la tarde... // (Sólo tú en aquel alto salón deshabitado / del húmedo casino conservador del pueblo, / mientras palpita el hueco corazón de los naipes, / adviertes frente al turbio gran espejo romántico / la mirada de aquella misteriosa muchacha / que lo cruzó bailando una remota noche / de principios de siglo..."

Y qué fresca y auténtica la Naturaleza que a cada verso iba renaciendo en estas preñadas páginas de su Antología reveladora, Naturaleza hondamente entrevista y sentida y tan bellamente trasplantada en toda su autenticidad y pureza al latido sereno de su verso. Así en "Los ecos": "Con la brisa de los olivos despiertan al atardecer / los latidos del campo... // (...) Gotea su misteriosa cantilena el cuclillo / hasta empapar el aire de esa melancolía / que flota en el paisaje de los retratos muertos / y un transparente dolor de Septiembre, / un vago terror de colinas azules y torres plateadas / prende aquellos más altos ramajes del espíritu / con sus llamas sonoras de Ángelus remoto..."

Son poemas que pertenecen a su primer libro, *Garganta y corazón del Sur* (1951), cuyo mero título ya nos expresaba el raigal afincamiento andaluz de Mario López en la tierra y espíritu de su tierra.... Poemas también de pretéritas evocaciones familiares, de añejos y melancólicos recuerdos de otra época, de una sociedad bienestante y agraria, conocidos tan sólo por revelaciones orales o por las páginas de alguna vieja revista ilustrada, encontrada en los desvanes de la casa natal; como en "Tardes antiguas", con un cierto sabor a las delicadas y bellas evocaciones infantiles del maestro Agustín de Foxá : "Ceremoniosamente se saludaban ... / Iban conversando de amables cosas percederas / junto al verde milagro de las siembras / que el tierno sol de Marzo envolvía en un aire de oro. // (Damas atardecidas, caballeros solemnes / cuyos rostros huyeron de tu memoria y niñas / que bajo la penumbra del quitasol abrían / como una ruborosa

flor azul su sonrisa). // Respetuosamente se cedían la vereda / que conduce a las altas barandas de la Ermita / donde el viento solano pulsa las lejanías / y cincela las frondas de piedra de los atrios / junto a viejos cipreses”.

Y siempre la fiel nota realista, el fresco detalle ambiente, la observación directa y vívida del labrador y de quien ha pasado toda su existencia recorriendo y contemplando estos ahondados horizontes hasta convertirlos casi en espíritu, en lo mejor de sí mismo: “Molían las almazaras toda la primavera / y el alpechín corría entre amapolas y cardos silvestres / llevando nuestros barcos de papel / (que Luisico nos hacía de amarillos “boletines agrarios”) / rumbo a los fabulosos mundos / que Papá Antonio guardaba encuadrados / —“Blanco y Negro”, “La Esfera” ... / con las guerras de África, los veraneos reales / y las tardes gloriosas del “Gallo” y “Mazzantini”...”

La vida de Mario López corre paralela, en la arraigada fidelidad biográfica a estos horizontes irrenunciables, a la honda y bella naturalidad de su poesía, una poesía que, como hemos visto, no rehuye tampoco, como los otros miembros de su grupo, el esplendente fulgor de la imagen y la referencia cultural; una poesía que se constituye en una serena y elegíaca meditación sobre el inmediato ayer, sobre el paso del tiempo y de los hombres sobre un eterno e inmutable paisaje determinado, el de nuestra campiña cordobesa de Bujalance.

Tras su infancia feliz en el seno de una familia patriarcal y cristiana, de acomodados labradores, y en el ámbito acogedor de este suave paisaje de sementeras y olivares, delimitado en lontananza por el encrespado horizonte de las Sierra de Cabra y Morena, con once años el niño Mario inicia sus estudios de bachillerato en el Instituto Escuela de la Institución Libre de Enseñanza.

Según cuenta en entrevista con Sebastián Cuevas, publicada en “La Voz de Córdoba” (5, mayo, 1982), con motivo del homenaje que le rindió el Conservatorio Superior de Música, “a esa edad cayó en sus manos *Dédalo*, de Juan José Domenchina. Y cuando



SALVADOR SABATER, Retrato de *Mario López* (sept. 1963), carboncillo y toques de color con pastel / papel, 46 x 32 cm. Col. Herederos de ML

leyó aquella prosa poética, como una predestinación, como un pentecostés, le llegó la llamada: —“Sí, —dice Mario— era como una nebulosa. Pero fue el primer aviso, la primera borrachera de amor por la belleza. La vocación de poeta”.

Y en el bullente Madrid intelectual de aquellos años, aún adolescente, va a descubrir y a contemplar con discipular admiración a las grandes figuras de la generación del 27, por esa estrecha interdependencia del centro en que cursaba sus estudios con tantas figuras ilustres de las letras contemporáneas, como García Lorca o Vicente Aleixandre: —“Cuando cursaba quinto año me trasladé al Instituto *Quevedo*. La guerra me cogió en Bujalance. Tenía ya cumplidos diecisiete años. Yo conocí a Lorca en el Instituto Escuela. Había ido allí con su *Barraca* ambulante. También a Marquina. Aquel mundo poético de Lorca, el de Juan Ramón, eran para mí ya una querencia”.

Es movilizado como soldado en la "zona nacional", y sigue recordando: "Lo curioso es que en la zona que se llamaba nacional se seguía leyendo y recitando a Lorca. Nosotros no sabíamos nada ni de su muerte ni de su maldición. El *Romancero gitano* se lo aprendían de memoria soldados y falangistas, y en las noche sin tiros, la lujuria juvenil llegaba de la mano de "La casada infiel". ¡Quién no soñaba, bajo las estrellas, salvajemente, correr *el mejor de los caminos / montado en potra de nácar / sin riendas y sin estribos!*"

En la inmediata postguerra, es destinado a Rivas de Fresser junto a Nuria, en el Pirineo. Allí, con todo el recuerdo de los suyos y de su tierra, va a escribir su primer poema, que verá la luz en el número inicial de la revista "Cántico": "El Ángel Custodio de Cañete de las Torres", en donde ya aparece, acrisolado, el que va a ser su particular universo poético. Se trata de un poema fundamental y fundacional de su orbe poético en su entrañable fabulación mítica, de ese Ángel casamentero y familiar, en una atmósfera de añorante y un tanto irónico y eutrapélico romanticismo decimonónico, pero a la vez de fiel evocación de una realidad agraria y señorial de los tiempos de la Restauración: "Cañete de las Torres tiene un Ángel Custodio, / de plácido semblante que parece estar siempre / contemplando paisajes de nubes y de olivos. // Es moreno y robusto como un hombre de campo / —de la divina estirpe del Ángel del Romance— / y ese brillo mundano que se advierte en sus alas / lo tomó en sus viajes por las torres barrocas. // Su función familiar de "lejano pariente" / es casar nuestra casa tradicionalmente. / Fue padrino civil de mis abuelos, enemigo cordial de mis bisabuelos / y amigo íntimo de mis tatarabuelos: / aquellos labradores tan señores de Córdoba / que del campo al casino fueron haciendo Historia / de España entre pacíficos "turnos municipales" / y expresaron su amor en octavas reales / a las pálidas novias de entonces / —soñadoras damitas románticas / entendidas en cuentas, en estrellas y en versos... // Y allí sigue, en su ermita, repasando las bodas / del árbol genealógico que él fue confeccionando / con su bondad un poco terca e inapelable / de labrador antiguo y señor influyente; satisfecho

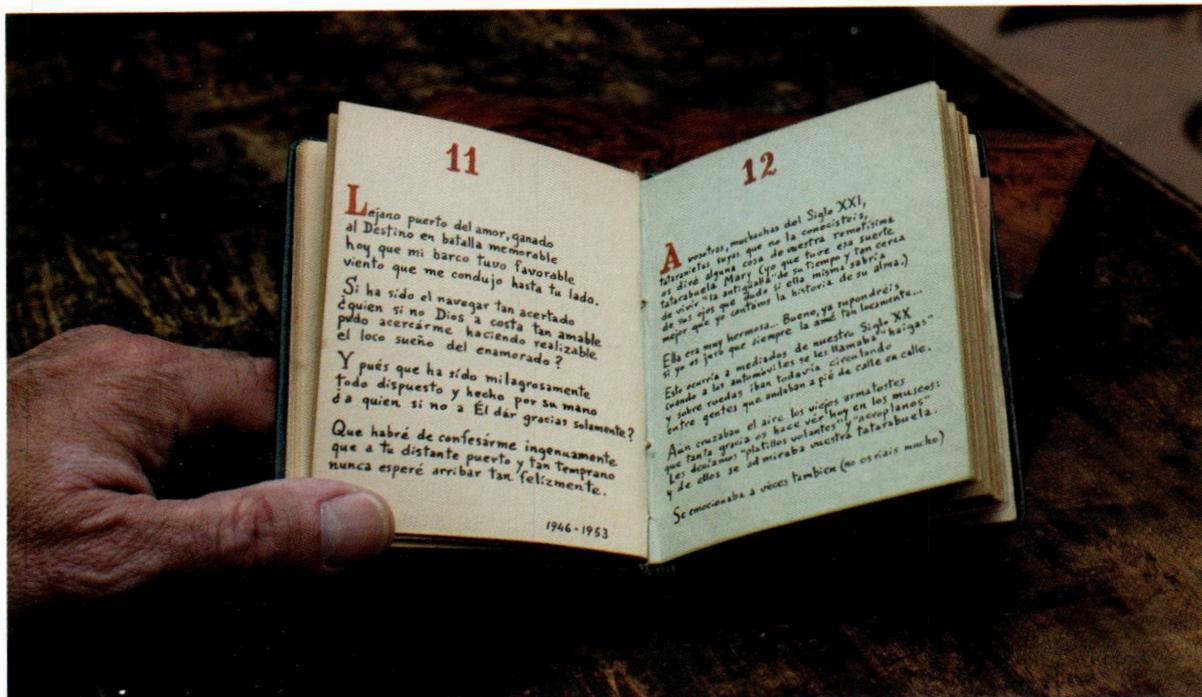
y dispuesto siempre a nuestra tutela, / con sus ojos cargados de velas en penumbra / y estampas de corridas y ferias y galopes..."

Tras la guerra civil, y reintegrado a Córdoba, entabla amistad con los fundadores de "Cántico", a quienes lo presenta su compañero de armas Gabriel García-Gill, poeta y periodista, en su mismo regimiento de infantería. Todo ello tuvo lugar en la puerta del entonces céntrico Bar Bolero, un día que, como recuerda, la Orquesta Orozco tocaba para Antonio Machín *Angelitos negros*".

A sus treinta y tres años, en 1951, aparece su primer libro de versos *Garganta y corazón del Sur*, bellamente ilustrado por el propio autor. Un hondo sentimiento de la Naturaleza, enraizado en los confines geográficos de este paisaje nativo, en el que el poeta se mira como en un espejo y se reconoce, y evocado con muy viva y plástica fidelidad descriptiva, palpitantes de emoción, como auténticos "paisajes del alma", como tituló Unamuno uno de sus libros. Sobre ellos y sobre el histórico perfil arquitectónico y monumental del pueblo se superpone la recreación evocadora de sus experiencias y tradicionales vivencias familiares, en este ámbito entrañable de la vida del pueblo, al que Mario da voz y estremecida palpación lírica. Todo ello va a configurar una poesía serena y elegíaca, de explícito trasfondo cristiano, y remansada y punzante contemplación de lo elegíaco.

Nueve años después, en la colección Adonais, *Universo de pueblo*, a sus cuarenta y dos años, confirmará la plena madurez de su lírica y de su inconfundible mundo poético, de este íntimo y familiar microcosmos, en el que el sentimiento del paisaje y su sereno y heridor sentimiento del tiempo, del tiempo que sin cesar transcurre como las mismas nubes que sobrevuelan los cielos de su tierra, son los dos polos sobre los que una y otra vez girará su inspiración.

Curiosamente, y a diferencia del resto de componentes del grupo, la poesía de Mario será extremadamente pudorosa en la expresión de sus afectos amorosos. Frente a la arrebatada sensualidad



MARIO LÓPEZ, Manuscrito original de *Versos a María del Valle*, 1952

erótica de sus compañeros, Mario será de un muy púdico decoro en las muy escasas referencias al sentimiento erótico. Así, su evocación del noviazgo en la distancia estival de unas vacaciones en Málaga con la que va a coprotagonizar su futuro conyugal, y en los delicados y casi inéditos, por su tardía publicación, "Versos a María del Valle" (1992).

En 1968, como hemos anticipado, la Real Academia de Córdoba publica su *Antología poética*, con nuevas secciones y poemas bajo los epígrafes de "Cal muerta. Cielo vivo..." y "Siete canciones"; versos que siguen dando razón del sereno hontanar de su inspiración y de su sensitiva contemplación de la realidad en torno, en una poesía arraigada, cordialmente afincada en el paisaje (que es también el mismo paisaje de su propia alma) y en las esencias, costumbres y tradiciones populares de su tierra, de la que parece recibir, como un nuevo Anteo andaluz, su fresca savia inspiradora.

Este claro hontanar habría de continuar en su *Nostalgario andaluz*, emotivo volumen de poemas en

prosa (aunque en muchas ocasiones sometida al ritmo métrico alejandrino). Este nuevo poemario se incardina en esa tradición lírico-narrativa tan evocadora y consubstancialmente andaluza, vinculada, bajo el signo de la elegía, a la atmósfera, la vivencia y el paisaje del Sur, que inaugurara, en 1914, la lírica genialidad de Juan Ramón Jiménez con *Platero y yo*.

Este subgénero literario, tan típico de las letras meridionales, contará con títulos tan memorables como *Ocnos* y *Variaciones sobre tema mexicano*, de Luis Cernuda; *Pueblo lejano*, de Romero Murube; *Las cosas del campo*, de Muñoz Rojas; *Historia en el Sur*, de Juan Ruiz Peña, o *Los años irreparables*, de Rafael Montesinos. Libros todos ellos, como el citado de Mario, que en su recuerdo moroso, embellecido y melancólico de infancia y adolescencia campesinas, o "de pueblo", bien pudieran llevar todos ellos, como común denominador casi étnico, el subtítulo que Juan Ramón destinara a su *Platero*, el de *Elegía andaluza*.



MARIO LÓPEZ, Retrato de *María del Valle*, óleo/lienzo, 81 x 65 cm.

Así pues, con Mario López, poeta y labrador, entra en la lírica española de postguerra un soplo de aire fresco y campesino, el aliento cálido de la tierra fecundando una poesía de lontananzas y horizontes abiertos, a trigales y olivos, a la decisiva y vital climatología para los hombres del agro; una poesía enraizada en la tierra y en una serie de valores tradicionales, patriarcales y cristianos.

Su obra se caracteriza por una grave fidelidad a estas raíces terrenales y agrícolas, así como por una elegante y serena sencillez, que no rehuye tampoco el sorprendente fulgor de la metáfora y la imagen, y dentro de la que late una emoción contenida y profunda. Esa sobria elegancia natural —por más que a veces se colore de finos tornasolados modernistas y ciertos destellos de imaginería barroca en la línea de *Cántico*— casi podría ser calificada de clásica en el sentido más antiguo del término, en el de serenidad, medida y armonía, una armonía aprendida en la tierra y sobre la tierra, en el manso transcurrir de

los días, de los ciclos fieles de las estaciones y en la sana lección de una Naturaleza eterna y ejemplar. Y así toda su obra literaria, al igual que su vida, vida de poeta, de poeta-labrador, irá manando clara y armoniosa con la morosa granazón de sus cosechas, sin urgencias ni tiranías de tiempo, al ritmo solemne de las estaciones y los años.

La campiña cordobesa cotidianamente vivida y recorrida, el monótono y grave paisaje andaluz de su comarca del Alto Guadalquivir y el ambiente “lento y amable” de sus pueblos, girando siempre en torno de los mismos y antiguos ritos agrícolas y familiares presencias, van a configurarse como el tema central y casi exclusivo de toda su obra. Tiempo y espacio, en definitiva: sentimiento del tiempo y emoción del paisaje.

Pero no se vea en ello ninguna sublimación arcádica, ninguna estilización de cuadro idílico en la actitud con que Mario López se acerca a la Naturaleza. Poeta y “labrador” —no lo olvidemos—, Mario López vive el agro y la Naturaleza —vive también de ella— desde la doble perspectiva de la poesía y la agricultura. Y por ello, si de seguro que las *Bucólicas* virgilianas podrían llegar a ser uno de sus más dilectos libros de cabecera al caer la tarde, cuando “comienzan a humear las techumbres de las alquerías / y a caer cada vez mayores las sombras desde los altos montes”, no desdeñaría tampoco un atento e instructor repaso económico a las *Geórgicas*, cada mañana, con las primeras luces, antes de encaminarse a su heredad.

Pero de manera muy diferente a la de Teócrito, por ejemplo —con cuya perspectiva vital poco tiene que ver, sino que estaría más cerca de la de Hesíodo—, pues Mario no canta desde los estragos ni el hastío de la gran ciudad, desde la ajetreada urbe alejandrina y la nostalgia —refinada y humanista— de ninguna Edad de Oro, sino desde el corazón mismo de la tierra, a pie del surco, bajo la palpitante y casi translúcida sombra de los olivos —“una por San Juan, ciento por Navidad”, como reza el refrán agrario—, viviendo y sintiendo de modo directo e inmediato, casi carnal, la cálida vecindad de esos campos y horizontes.

UNA MIRADA CONTEMPLATIVA SOBRE EL TIEMPO Y EL ESPACIO

El orbe poético de Mario López está ceñido a su propia experiencia vital y a su carácter determinado, determinado por su enraizamiento familiar en un lugar y en un medio social explícitos. Quizá sea un tanto limitado, pero lo es también de una honda y conmovedora autenticidad, que al momento traspasa la página y llega al corazón del lector. Mario se sabe uno más de los distintos habitantes de su pueblo, que por aquí pasaron a través de los años y las generaciones. Como en este "Casino de octubre" a cuyos ventanales el poeta-labrador se asoma a ver cómo cae la lluvia monótona e indiferente: "Sigue lloviendo... El dedo imperturbable / del fraile del higrómetro señala / "tiempo inseguro" con capucha puesta. / Se oye gemir la rueda de los naipes. // Conversación de meteorología / y refranes agrarios a la hora / de mirar por la ventana de la vida / tras el turbio cristal de la tertulia. // (...) Por aquí yo pasé una vez viviendo. / No es mucho ciertamente. Otros pasaron / También antes que yo y otros aguardan / turno frente a la trágica ventana".

Vida sencilla y recurrente, el eterno retorno del vivir, ante el que Mario muestra una heridora y lúcida consciencia, sabiéndose uno más incardinado en la implacable e indiferente rueda de los días, como en "Muertos de pueblo": "Muertos de pueblo, amigos y parientes, / mirando las veletas, conversando / de Agricultura todavía, oyendo / cada tarde las mismas campanadas, / los mismos trinos a distintos pájaros..."

Las nubes, los soles y los días, los ancestrales ritos agrarios y devocionales, vida íntima de pueblo, y siempre la omnipresencia de la meteorología, de la anhelada bendición de la lluvia para las sementeras y la maduración del aceite, como en "La Virgen del Invierno": "Y en el mes de Noviembre bajo los cielos grises / de finales de otoño, el pueblo, en esos mapas / que tan sólo conocen las aves emigrantes / se fue quedando íntimo, dulcemente pequeño, / con tejados y gentes agrupadas en torno / de sus torres, colinas y olivares con niebla. // (...) Y una tarde de aquéllas la solemne novena / en honor de

la Virgen del Invierno empezaba / con fervorosos himnos ungidos de crepúsculo. // Y bajo el amplio manto, blanco y azul celeste, / que extendía la Señora para darnos cobijo / todo quedaba atónito, como maravillado, / ante el mudo espectáculo / de Dios, latiendo acaso tan cerca de nosotros..."

Sólo, creo recordar, hay una composición, en que esta sensación de serena plenitud campesina, de modesto bienestar, se quiebra; se trata de un breve y estremecedor poema, por su lírica reticencia, en el que se rompe esta casi religiosa o sagrada armonía del mundo. Es el poema "Muertos en el olivar", que —intuimos— se sitúa en los meses finales o en los sofocados estertores de la guerra, o inmediata postguerra, y que refleja la trágica represión del maquis: "Bajarían de la Sierra con escarcha en el alma / en su nuca el olvido de la muerte al acecho. / —Temblor de sangre, el río bajo la luna / y el adelfar mojado por las estrellas—. // ...Venteados por los perros y al resplandor violeta / de los primero gallos alzados en la aurora / comprenderían el pulso de la tierra en su pecho. // Amarga primavera floreciendo en disparos...! // (Con los surcos por almohada ya hechos paisaje / parecían en la mañana muertos de siempre...)"

Tal es el concreto ámbito existencial de Mario, en el que su vida, sencilla y cordial, se reconoce y encuentra su sentido; consciencia de lo efímero personal frente a la acogedora eternidad de la Naturaleza, pero no de una Naturaleza abstracta, sino de un paisaje próximo, determinado y familiar: "Donde la vida es lenta y amable. Donde quedan / tantas pequeñas cosas amadas que, en silencio, / desde su humilde sitio han de llamarnos siempre, / sea propicio o no el tiempo, para evocar los campos / nativos: la entrañable topografía del término / municipal, los carros que lo cruzan al alba, / sus caminos con niebla perfumada, los cielos / ahumados por penachos de ocultos caseríos. / Queman leña de olivo... // (...) Los caminos no cambian, permanecen, son largos / o cortos, nos conducen a donde no quisiéramos / llegar jamás. No suelen figurar en el mapa / las viejas servidumbres de herradura, sus huellas / donde sonrío la hierba tierna y recién nacida. / Desandar y quedarse... Trasandar los nativos rincones en los

carros del alba como dioses / tan insignificantes a quien ladran los perros. / Olvidar nuestros ojos, dulcemente apoyados, / en aquellos lugares donde tan sólo cambian / las formas de las nubes al llegar el otoño... ", como evocará en "Los carros".

Y todo ello bañado por una tibia religiosidad tradicional y sencilla, sin complicaciones teológicas, de entrañadas vivencias patriarcales, de íntimo agradecimiento al Creador de tanta maravilla que diariamente el poeta tiene ante sus ojos, y que le deja en el alma un sentimiento de agradecida plenitud: "Despertar a la vida frente a tanta hermosura / bajo cielos y luces que jamás volveremos / a presenciar iguales a entonces, sorprendidos / de amor, maravillados ante el mudo espectáculo / de Dios latiendo mínima, suavemente en violetas / del huerto y de los lirios de "El Chaparral", vibrando / en los primaverales moscardones e insectos... / (...) Dios fácil para niños. Dios sentado al brasero / junto a todos nosotros en invierno y estancias / de casa de mis padres, habitando aquel clima / gratamente impregnado de alhucema quemada. / Dios jugando a los naipes o de simple tertulia / el día de la matanza entre artesas y trévedes. / Dios de las nochebuenas y los días lluviosos / con barro en los caminos del campo y sus olivos. / Dios apenas nacido y alabado con rústica / ternura en villancicos de almirez y zambomba. / Dios de los cazadores de perdices y arrieros / que a lomos de su recua portean la aceituna. / Dios dibujado en mapas de humedad por paredes / del molino, explicando su bondad lugareña / en el plural idioma de la dicha absoluta..." ("Primer espectáculo")

Sensación de íntima plenitud existencial que en una impresionante y serena composición, incluida en la sección *Tiempo detenido* (1996), queda confirmada en los estremecedores versos de su "Poema de la teoría de Einstein", poema en el que, frente al intemporal y estático patriarcalismo de su orbe literario, aparecen los nuevos e implacables descubrimientos científicos y técnicos, que irrumpen, casi de súbito, en el ancestral y pacífico paisaje de su poesía: "Veo crecer a mis hijos... desconozco / a Einstein, su teoría sobre el Espacio / y el Tiempo.

Veo las nubes pasar, lentas / sobre nosotros, sobre la provincia / de Córdoba y sus campos. Bujalance, / donde vivimos... Me pregunto a veces / si el universo gira. ¿Desde cuándo / y alrededor de quién y hasta qué día...? / Incluyo a Mario López, coetáneo / y a veinte siglos de Virgilio, a todos / los poetas del mundo que gravitan / muertos o vivos dentro de la misma / fracción de tiempo-luz, sistole apenas / del corazón del Todopoderoso. / Miro las gentes. Pienso en ellas. Sufro / con ellas. Temo que se sientan solas. / Miro las cosas. Pienso en los olivos, / sus raíces clavadas a la tierra / con vertical ahínco tal nosotros / a la esperanza con angustia asidos. / Dolor, hambre, injusticia... Tú nos oyes... / ¿Cuánta fugaz eternidad nos queda / de Poesía...? ¿Qué insondable vacío colma / de ansiedad nuestro tiempo...? ¿Qué demencia / nos pone cercos...? Nubes radioactivas / con el almendro en flor la primavera / nos aproxima. En tintas melancólicas / se añejan los periódicos. Satélites / artificiales nos fotografían / con implacable precisión. Vivimos / televisados para los vecinos / de Europa, nuestro barrio. Locutores / se turnan para hablarnos de esas cosas / que al parecer ocurren en el mundo... / Vivimos... Desconozco la teoría / de Einstein. Sólo entiendo las violetas. / Quiero decir las cosas que perduran / efímeras tal un deseo bueno. / Veo crecer a mis hijos. Hoy reían / conmigo... Las violetas y su aroma / son eternas también ¿por qué estar tristes?"

Y esa es su poesía, un canto de serena celebración del mundo y su hermosura, envuelta en una gustosa melancolía ensimismada, un tanto azoriniana, ante el paso sosegado del tiempo; la palpitante evocación de los seres queridos que compartieron un común estilo de vida y en los que el poeta filialmente se reconoce, junto a una casi franciscana ternura por las criaturas y las cosas más elementales y aparentemente triviales —"las cosas del campo—, empañado todo por un finísimo velo elegiaco, (un deslumbramiento, lleno de agradecimiento por la belleza de estos concretos límites territoriales y paisajísticos), que Mario, por esa su otra condición de artista-pintor recoge una gran sentido plástico; todo ello van a conferir a esta poesía una palpitación inconfundible.

Una íntima palpitación que nace de esa fervorosa actitud de abierta religiosidad cordial ante el mundo y sus criaturas, de agradecida admiración y fraterna religación con ellas. De esta emocionada actitud de comunión amorosa con la tierra, actitud de maravilla y temblor, viene ese carácter casi extático y estático que su inspiración, o su contemplación, parece adoptar en tantos poemas e, incluso, en el ritmo mismo de su estilo, en el que tan frecuentes se hacen los puntos suspensivos.

Ensimismado en sus paisajes, con la inmovilidad del contemplativo suspenso en su visión, el poeta suele eludir el verbo en sus oraciones, como negándose, en justa correspondencia, el estilo —por así decirlo— a toda suerte de dinamismo expresivo. El poeta entonces se recrea y extasía en la mera visión maravillada de las cosas o en su evocación paladeada y —suspensa toda articulación discursiva— sólo puede llegar, un poco como a la manera de los místicos, a la pura enunciación emocionada de sus nombres y rasgos distintivos.

De ahí, esa serie de enumeraciones de cosas, de objetos, de situaciones y recuerdos rematados con frecuencia en series de connotaciones suspensivas, que hacen que tantos de sus poemas queden como flotantes en una atmósfera de evaporada contemplación interior. Todo lo cual parece prestar a su poesía una sensación de prístina inocencia, de pureza, de realidad todavía fresca y húmeda de rocío, de terrenal autenticidad y arraigada y evocativa comunión con el entorno.

Frente a tanta poesía de carácter urbano, o ilusoriamente profesoral o adrede, sin pasión ni fervor —seca flor nacida de una "tierra baldía"—, esta palabra ahondada en su vital medula campesina, nos devuelve un racimo, casi milagroso por lo salvador, de esas pocas verdades naturales que al hombre de hoy le van quedando, aunque ya tan patéticamente amenazadas: la verdad del silencio, la verdad de la tierra, la verdad del azul casi infantil de la aurora en el campo y del oro cansado del poniente, la verdad simplicísima e irrefutable de la flor espontánea crecida en el camino, y de la hierba silvestre y olorosa; la verdad de la alondra,



MARIO LÓPEZ, *Torre de San Francisco*. Bujalance, óleo / táblex, 35 x 28 cm.

del aceite y la campana del Ángelus en la torre del pueblo; la verdad de la lluvia, de la espiga y de la leña de olivo quemada en los lentos inviernos de niebla amanecida; en definitiva, la verdad ancestral del hombre enraizado en su paisaje secular y nativo: la verdad de la vida en una palabra, de esa vida que esta civilización post-industrial que hoy nos asedia parece refutarnos cada día que amanece.



Mario López, Carlos Clementson y Juan Bernier, en Bujalance.

UNA FRATERNA VECINDAD

Pero si la obra de Mario, como la de todo poeta auténtico, y Mario lo es en alto grado, mantiene una proyección general, esta poesía para nosotros, vecinos comarcanos de Villa del Río, de Montoro, de Cañete de las Torres, de estas tierras del Alto Guadalquivir, tan abiertas de olivar y campiña, guarda también una dimensión más cercana e inmediata, un latido muy consubstancialmente nuestro en el que íntimamente nos reconocemos. Hasta tal punto que si estos mismos horizontes, esta misma severa geografía, por cualquier motivo, llegaran a desaparecer, podría ser idealmente reconstruidos por cualquier lector futuro, partiendo de estos textos, de estos versos y estas evocaciones; de la misma manera, por ejemplo, que si la comarca catalana del Ampurdán, por cualquier extraño cataclismo localizado, fuera borrada del mapa, quedaría, no obstante, gráfica y permanentemente fundada, en las páginas y papeles de quien más plásticamente la reflejó y captó de manera más exacta y perfilada, nuestro inagotable Josep Pla. Y quien dice Pla, bien podría decir también Josep Sebastià Pons, en cuya poesía —breve, intensa, limitada en el espacio, pero ahincada en lo profundo como la de Mario— alienta fragante toda la hermosura del Rosellón, por no

citar a Francis Jammes, como ya se ha hecho proverbial al referirse a la poesía del cordobés.

Demorada y cordialmente, como se destilan las esencias más hondas, se ha venido gestando y escribiendo esta poesía muy cerca de nosotros, junto a estos mismos surcos y olivares que tutelaron nuestra infancia en el pueblo, bajo estos mismos cielos. Una obra que recoge con profunda autenticidad y pureza todo el posible misterio, todas las palabras, todos los sonidos, olores y sabores que nuestras cosas trascienden: el acompasado fluir casi estático de la vida en nuestros pueblos, al menos en aquellos años de postguerra, la esperanza y promesa de nuestras cosechas, la aceptación, sencillamente cristiana más que estoica, de nuestras adversidades y naufragios, el transcurso solemne e íntimamente doloroso de las estaciones y los años, mientras los hombres, sus vanidades, sus pequeñas ambiciones y pasiones, sus rencillas y desencuentros pasan, y la tierra queda. Mientras los seres y criaturas, las afecciones, alegrías y tristezas —grandes y pequeñas, nobles y vulgares— se desvanecen, y la palabra y la tierra de la que se alimenta, queda. Mientras nosotros, precarios, inestables y efímeros, pasamos, y permanece, perenne, grávida y rejuvenecida, la tierra que nos alienta y de la que se nutre esta poesía bajo unos mismos cielos.

EL ACIERTO EN LA ACUÑACIÓN DE UN PAISAJE

Escribo estas anotaciones desde Villa del Río, teniendo ante los ojos la plata humilde y temblorosa de los olivos de Bujalance y de Cañete de las Torres, la tremolante espesura empenachada de sus copas recorriendo la suave ondulación de sus alcores como un pacífico y bien ordenado y uniforme ejército vegetal. Llevamos estos horizontes muy adentro, desde largas generaciones. Son los mismos que sustentaron el vivir y el morir de nuestros mayores que hoy los contemplan de nuevo a través de nuestros ojos. ¡Qué bien sabe esto Mario! ¡Qué real y tan pura, tan enraizada en esta tierra y bajo estos cielos, suena desde aquí su poesía! ¡Qué idealizada y profunda realidad la de su verso! ¡Qué densidad de emoción, de paisaje, de paisaje del alma y de alma de paisaje, y de acumulado sentimiento del tiempo, nos ha dejado Mario en la serena palpitación humanísima y telúrica de sus versos!

Y latiendo en estos versos, la tierra, el tiempo y el hombre, es decir: la vida; la humana y autoconsciente del poeta, y la más ciega y espontánea de todas las criaturas y elementos de su entorno.

A partir ya de esta poesía, a partir de poemarios como *Garganta y corazón del Sur*, de *Universo de pueblo*, de *Museo simbólico o Nostalgario andaluz*, estos amplios ámbitos ondulantes de besanas y olivos, de *cuerpo barroco y alma gris*, como los viera Lorca, de pueblos blancos y silenciosos, con torres encendidas y encendidos crepúsculos casi interminables, estos campos de poca vid, mucho pan y todo el aceite de Roma entre sus ramas —quizá un poco monótonos y obsesivos en sus casi infinitas agriculturas extensivas—, cobrarán un nuevo y más profundo sentido para todos nosotros, un latido más vívido y humano tras haber sido tan fiel y hondamente habitados y soñados por la palabra estremecida de Mario; él nos los ha redescubierto literariamente, nos ha enseñado a verlos de otro modo, a reparar en ellos, a saberlos ahí, quietos y palpitantes, con su humilde mensaje de benignidad y silencio, también con su trasfondo de pequeñas inquinas y miserias pueblerinas, o sencillamente



MARIO LÓPEZ, *Paisaje de la campiña, con pozo*, óleo / táblex, 50 x 66 cm., Col. Herederos de ML

humanas. Hasta tal punto han sido recuperados para la literatura por su verso que la figura misma de su autor quedará ya indisolublemente ligada a estos horizontes para todos aquellos que conozcan su obra, se acerquen a estos confines cordobeses, hasta ahora literariamente no nombrados, y en su palabra fundante y hacedora, perpetuadora, se gocen y se reconozcan.

Yo ignoro si Mario, hace ya más de setenta y cinco años, cuando allá por 1941, en Ribas de Freser, muy lejos de su Andalucía natal, se aprestara a escribir su primer poema publicado de "El Ángel Custodio de Cañete de las Torres", se hubiera propuesto algún objetivo parecido. Pero esto —creo— es lo que ha conseguido: dar carta de naturaleza literaria, o poética, a una determinada parcela del mundo, como Antonio Machado hizo con los yermos y entrañables campos de Soria, Azorín con los interminables horizontes de la Mancha y Castilla, Gabriel Miró con las huertas y oasis casi orientales de Orihuela, Josep Pla con su comarca ampurdanesa, o como Ricardo Molina con la Sierra de Córdoba en sus *Elegías de Sandua*. Mario López ha acuñado literal y literariamente un paisaje que, desde ahora, ya siempre llevará su firma y que sus lectores veremos a través de sus propios ojos. Esos paisajes de enorme belleza poética tal como vemos y leemos hoy en sus páginas, estaban ahí, desde siglos, pero nadie los había visto, nadie se había fijado en su recóndita y secreta belleza, y estos autores nos lo saben hacer ver con la feliz acuidad de su mirada Y esa —creo yo— ha sido la gran aportación de su poesía.



Diputación
de Córdoba

ccibo



BELLAS LETRAS
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CONOCIMIENTO,
INVESTIGACIÓN Y UNIVERSIDAD



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

ESCUELA DE ARTE «MATEO INURRIA»



SALA «MATEO INURRIA»
ENERO-FEBRERO
2019

